

donald socorre á Barcelona y se acerca á Tortosa.—Formaliza el sitio Suchet.—Deja Odonnell el mando.—Partidas en lo interior de España.—En Andalucía.—En Castilla la Nueva.—En Castilla la Vieja.—Santander y provincias Vascongadas.—Expedicion de Renovales á la costa Cantábrica.—Navarra. Espoz y Mina.—Córtes.—Remisa la regencia en convocarlas.—Clamor general por ellas.—Las piden diputados de las juntas de provincia.—Decreto de convocacion.—Júbilo general en la nacion.—Dudas de la regencia sobre convocar una segunda cámara.—Costumbre antigua.—Opinion comun en la nacion.—Consulta la regencia al consejo reunido.—Respuesta de este.—Voto particular.—Consulta del consejo de estado.—No se convoca segunda cámara.—Modo de eleccion.—El antiguo de España.—Poderes que se dan á los diputados.—Llámanse á las córtes diputados de las provincias de América y Asia.—Eleccion de suplentes.—Opinion sobre esto en Cádiz.—Parte que toma la mocedad.—Enojo de los enemigos de reformas.—Número que acude á las elecciones.—Temores de la regencia.—Restablece todos los consejos.—Quiere el consejo real intervenir en las córtes.—No lo consigue.—Señálase el 24 de septiembre para la instalacion de córtes.—Comision de poderes.—Congojosa esperanza de los ánimos.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION DE ESPAÑA.

LIBRO DUODÉCIMO.

DROSEGUIAN los franceses en su intento de invadir el reino de Portugal y de arrojar de allí al ejército inglés; operacion no ménos importante que la de apoderarse de las Andalucías y de mas dificultosa ejecucion, teniendo que lidiar con tropas bien disciplinadas, abundantemente provistas y amparadas de obstáculos que á porfía les presentaban la naturaleza y el arte. Destinaron los franceses para su empresa los cuerpos 6.º y 8.º, ya en Castilla, y el 2.º que luego se les juntó yendo de Extremadura. Formaban los tres un total de 66,000 infantes y unos 6000 caballos. Nombróse para el mando en gefe al duque de Rivoli, el célebre mariscal Massena.

Ejército francés que se destina á Portugal. Mariscal Massena, general en jefe.

Antes de pisar el territorio portugués, forzoso les era á los franceses no solo asegurar algun tanto su derecha, como ya lo habian practicado metiéndose en Asturias y ocupando á Astorga, sino tambien enseñorearse de las plazas colocadas por su frente. Ofreciase la primera á su encuentro Ciudad Rodrigo, la cual despues de varios reconocimientos anteriores, y de haber hecho á su gobernador inútiles intimaciones, embistieron de firme en los últimos dias del mes de abril.

A la derecha del Agueda y en parage elevado, apenas se puede contar á Ciudad Rodrigo entre las plazas de tercer orden. Circuida en un muro alto antiguo y de una falsabraga, domínala al norte y distante unas 290 toesas el teso llamado de San Francisco, habiendo entre este y la ciudad otro mas abjo con nombre del Calvario. Cuéntanse dos arbores, el del puente al otro lado del rio, y el de San Francisco bastante extenso, y el cual colocado al nordeste, fué protegido con atrincheramientos: se fortalecieron además en su derredor varios edificios y conventos como el de Santo Domingo, y tambien el que se apellida de San Francisco. Otro tanto se practicó en el de Santa Cruz, situado al nordeste de la ciudad, y por la parte del rio se levantaron estacadas y se abrieron cortaduras y pozos de lobo. Despejaronse los aproches de la plaza y se construyeron algunas otras obras. Se carecia de almacenes y de edificios á prueba de bomba, por lo que hubo de cargarse la bóveda de la torre de la cate-

Sitio de Ciudad Rodrigo.

ant. col. 1818
no sup. 1800
1818. 1800
1800. 1800
1800. 1800

dral y depositar allí y en varias bodegas la pólvora, como sitios mas resguardados. La poblacion constaba entónces de unos 5000 habitantes, y ascendía la guarnicion á 5498 hombres, incluso el cuerpo de urbanos. Se metió tambien en la plaza con 240 ginetes Don Julian Sanchez é hizo el servicio de salidas. Era gobernador Don Andres Perez de Herrasti, militar antiguo, de venerable aspecto, honrado y de gran bizarría, natural de Granada como Alvarez el de Gerona, y que así como él habia comenzado la carrera de las armas en el cuerpo de guardias españolas.

Confiaban tambien los defensores de Ciudad Rodrigo en el apoyo que les daria Lord Wellington, cuyo cuartel general estaba en Viseo y se adelantó despues á Celórico. Su vanguardia, á las órdenes del general Crawford, se alojaba entre el Agueda y el Coa, y el 19 de marzo en Barba del Puerco hubo entre cuatro compañías suyas y unos 600 franceses que cruzaron el puente de San Felices, un reñido choque, en el que si bien sorprendidos al principio los aliados, obligaron no obstante en seguida á los enemigos á replegarse á sus puestos. Unióse en mayo á la vanguardia inglesa la division española de Don Martin de la Carrera apostada ántes hácia San Martin de Trevejós.

Viniendo sobre Ciudad Rodrigo aparecieron los franceses el 25 de abril via de Valdecarros, y establecieron sus estancias desde el cerro de Matahijos hasta la Casablanca. Descubriéronse igualmente

Herrasti, en gobernador.

Situacion de Wellington.

gruesas partidas por el camino de Zamorra, y continuando en acudir hasta junio tropas de todos lados, llegaron á juntar mas de 50,000 hombres que se componian de los ya nombrados 6.º y 8.º cuerpos y de una reserva de caballeria que guiaban el mariscal Ney y los generales Junot y Montbrun. El primero habia vuelto de Francia y tomado el mando de su cuerpo con la esperanza de ser el gefe de la expedicion de Portugal. Por demas hubiera sido emplear tal enjambre de aguerridos soldados contra la sola y débil plaza de Ciudad Rodrigo, si no hubiera estado cerca el ejército anglo-portugues.

Tuvo el 6.º cuerpo el inmediato encargo de ceñir la plaza: situóse el 8.º en San Felices y su vecindad, y se extendió la caballería por ambas orillas del Agueda. Pasóse el mes de mayo en escaramuzas y choques, distinguiéndose varios oficiales, y sobre todos Don Julian Sanchez. Maravillóse de las buenas disposiciones y valor de este el comandante de la brigada británica Crawford, que desde Gallegos habia pasado á Ciudad Rodrigo á conferenciar con el gobernador. Era el 17 de mayo, y de vuelta á su campo escoltaba al ingles Sanchez, cuando se agolpó contra ellos un grueso trozo de enemigos. Juzgaba Crawford, prudente retroceder á la plaza; mas Don Julian, conociendo el terreno, disuadióle de tal pensamiento, y con impensado arrojo acometiendo al enemigo en vez de aguardarle, le ahuyentó, y llevó salvo á sus cuarteles al general ingles.

Don Julian Sanchez.

Intimaron el 12 de nuevo los franceses la rendicion, y Herrasti sin leer el pliego contestó que excusaban cansarse, pues ahora no trataria sino á balazos.

Los enemigos, despues de haber echado dos puentes de comunicacion entre ambas orillas y completado sus aprestos, avivaron los trabajos de sitio al principiar junio.

El 6 verificaron los cercados una salida mandada por el valiente oficial Don Luis Minayo, que causó bastante daño á los franceses, é hicieron hoyos en las huertas llamadas de Samaniego, en donde se escondian sus tiradores incomodando con sus fuegos á nuestras avanzadas. Continuaron adelantando los franceses sus apostaderos, y á su abrigo, en la noche del 15 al 16 de junio abrieron la trinchera que arrancaba en el mencionado teso, y que los enemigos dilataron, aunque á costa de mucha sangre, por su derecha y por el frente de la plaza. 400 hombres de las compañías de cazadores y el batallon de voluntarios de Avila, capitaneados por el entendido y valeroso oficial Don Antonio Vicente Fernandez, se señalaron en los muchos reencuentros que hubo, sostenidos siempre por nuestra parte con gloria.

Teniendo ya los enemigos el 22 muy adelantadas sus líneas, y de modo que imposibilitaban el maniobrar de la caballería, resolvióse que Don Julian Sanchez saliese del recinto con sus lanceros y se uniese á Don Martin de la Carrera. Ejecutóse

la operacion con intrepidez, y el denodado Sanchez á la cabeza de los suyos, dirigiéndose á las once de la noche por la dehesa de Marti-Hernando, forzó tres líneas enemigas con que encontró, y matando y atropellando logró gallardamente su intento.

Acometieron los sitiadores en la noche del 23 el arrabal de San Francisco, y en especial los conventos da Santo Domingo y Santa Clara, pero fueron rechazados. Lo mismo practicaron en el arrabal del Puente, si bien tuvieron igual ó semejante suerte. A la verdad no fueron estos sino simulados ataques.

Apareció como verdadero el que dieron contra el convento de Santa Cruz, situado segun queda dicho al noroeste de la plaza. Cercáronle en efecto por todos lados de noche, escalaron las tapias de su frente, y quemando la puerta principal se metieron en la iglesia, á cuyas paredes aplicaron camisas embreadas. Pensaron en seguida asaltar el cuerpo del edificio, en donde se alojaba la tropa que guarnecía el puesto, y que constaba de 100 soldados á las órdenes de los capitanes Don Ildefonso Prieto y Don Angel Castellanos. Los defensores repelieron diversas acometidas, y habiendo de antemano y con maña practicado una cortadura en la escalera de subida, al trepar por ella con esfuerzo los granaderos franceses, quitaron los nuestros unos tabloncillos que cubrian la trampa, y cayeron los acometedores precipitados en lo hondo, en donde perecieron miserablemente, junto con un brioso oficial que los

capitaneaba, el sable en una mano y en la otra una hacha de viento encendida. Duró la pelea cerca de tres horas, firmes los españoles aunque rodeados de enemigos y casi chamuscados con las llamas que consumian la iglesia contigua. Recelosos los franceses con lo acaecido en la escalera, no osaban penetrar dentro, y al fin, fatigados de tal porfia y espuestos tambien al fuego continuo de la plaza, se retiraron dejando el terreno bañado en sangre. Honoraron á nuestras armas con su defensa las tropas del convento de Santa Cruz: fué su accion de las mas distinguidas de este sitio.

Ocupados hasta ahora los franceses en los ataques exteriores y en sus preparativos contra la plaza, molestados asimismo y continuamente por los sitiados, y prevenidos á veces en sus tentativas, no habian aun establecido sus baterías de brecha. Atrasó tambien las operaciones el haberse retardado la llegada de la artillería gruesa, detenida en su viaje á causa del tiempo que lluviosísimo puso intransitables los caminos.

Por fin listos ya los franceses, descubrieron el 25 de junio 7 baterías de brecha coronadas de 46 cañones, morteros y obuses que con gran furia empezaron á disparar contra la ciudad balas, bombas y granadas. Se extendia la línea enemiga desde el teso de San Francisco hasta el jardin de Samaniego.

Respondió la plaza con no menor braveza, acudiendo en ayuda de la tropa el vecindario sin distincion de clase, edad ni sexo. Entre las mugeres

sobresalió una del pueblo de nombre Lorenza, herida dos veces, y hasta dos ciegos guiado uno por un perro fiel que le servía de lazarillo, se emplearon en activos y útiles trabajos, y tan joviales siempre y risueños entre el silbar y granizar de las balas, que gritaban de continuo en los parages mas peligrosos: „Animo, muchachos; viva Fernando VII, viva Ciudad Rodrigo.”

Los enemigos dirigieron el primer día sus fuegos contra la ciudad para aterrarla, y empezaron el 26 á batir en brecha el torreón del rey que del tódo quedó derribado en la mañana siguiente. Hiciéronles los españoles por su parte grande estrago bien manejada su artillería, cuyo gefe era el brigadier Don Francisco Ruiz Gomez.

El 28 intimó de nuevo el mariscal Ney la rendición á la plaza, y habiendo ya entónces llegado al campo frances el mariscal Massena que ántes habia pasado por Madrid á visitar á José, hízose á su nombre dicha intimacion, honorífica sí, aunque amenazadora. Contestó dignamente Herrasti, diciendo entre otras cosas: „Despues de 49 años que „llevo de servicios, sé las leyes de la guerra y mis „deberes militares. . . . Ciudad Rodrigo no se halla „en estado de capitular.”

Sin embargo, imaginándoss el oficial parlamentario que parte de la confianza del gobernador pendía de la esperanza de que le socorriese Lord Wellington, propúsole entónces de palabra despachar á los reales ingleses un correo por cuyo medio se cer-

ciorase de cuál era el intento del general aliado. Convino Herrasti; mas Ney sin cumplir lo ofrecido por su parlamentario, renovó el fuego y adelantó sus trabajos hasta 60 toesas de la plaza.

Descontento el mariscal Massena con el modo adoptado para el ataque, mejoróle y trazó dos ramales nuevos hácia el glacis y enfrente de la potencia del Rey, rematándolos en la contraescarpa del foso de la falsabraga. Desde allí socavaron sus soldados unas minas para volar el terreno y dar proporcion mas acomodada al pié de la brecha. Contuviéronlos algun tanto los nuestros, y los ingenieros bien dirigidos por el teniente coronel Don Nicolas Verdejo abrieron una zanja y practicaron otros oportunos trabajos, contrarestando al mismo tiempo la plaza con todo género de proyectiles los esfuerzos de los enemigos.

En el intermedio en vano estos habian acometido repetidas veces el arrabal de San Francisco. Constantemente rechazados solo le ocuparon el 3 de julio en que los nuestros para reforzar los costados de la brecha le habian ya evacuado, excepto el convento de Santo Domingo.

El gobernador siempre diligente velaba por todas partes, y el 5 ideó una salida á cargo de los capitanes Don Miguel Guzman y Don José Robledo, cuyas resultas fueron gloriosas. Empezaron los nuestros su acometida por el arrabal del Puente, y despues corriéndose al de San Francisco por la derecha del convento de Santo Domingo sorprendie-

ron á los enemigos, les mataron gente y destruyeron muchos de sus trabajos.

Con esto enardecidos los españoles cada día se empeñaban mas en la defensa. Sustentábalos tambien todavía la esperanza de que viniese á su socorro el ejército inglés, no pudiendo comprender que los gefes de este tan numeroso y tan inmediato, dejasen á sangre fria caer en poder de los franceses plaza que se sostenia con tan honroso denuedo. Salió no obstante fallida su cuenta.

Las baterías enemigas crecieron grandemente, y el 8 algunas de ellas enfilaban ya nuestras obras. La brecha abierta en la falsabraga y en la muralla alta de la plaza ensanchóse hasta 20 toesas, con lo que, y noticioso el gobernador de que los ingleses en vez de aproximarse se alejaban, resolvió el 10 capitular de acuerdo con todas las autoridades.

Capitula la plaza.

A la sazón preparábanse los enemigos á dar el asalto, y tres de sus soldados arrojadamente se habían ya encaramado para tantee la brecha. Enarbolada por los nuestros bandera blanca, salió de la plaza un oficial parlamentario, quien encontrándose con el mariscal Ney, volvió luego con encargo de este de que se presentase el gobernador en persona para tratar de la capitulación. Condescendió en ello Herrasti, y Ney recibéndole bien y elogiándole por su defensa, añadió que era excusado extender por escrito la capitulación, pues desde luego la concedía amplia y honorífica, quedando la guarnición prisionera de guerra.

El mariscal Ney dió su palabra en fe de que se cumpliría lo pactado, y segun la noticia que del sitio escribió el mismo Herrasti, llevóse á efecto con puntualidad. Fueron sin embargo tratados rigurosamente los individuos de la junta, porque encarcelados con ignominia y llevados á pié á Salamanca, trasladáronlos despues á Francia.

En este asedio quedaron de los españoles fuera de combate 1400 soldados, del pueblo unos 100. Perdieron por lo ménos 3000 los franceses. Masseña encomió la defensa, pintándola como de las mas porfiadas. „No hay idea (decia en su relacion) del „estado á que está reducida la plaza de Ciudad Rodrigo; todo yace por tierra y destruido, ni una sola casa ha quedado intacta.”

Gloriosa defensa.

Enojó á los españoles el que el ejército inglés no socorriese la plaza. Lord Wellington habia venido allí desde el Guadiana, dispuesto y aun como comprometido á obligar á los franceses á levantar el sitio. No podia en este caso alegarse la habitual disculpa de que los españoles no se defendian, ó de que estorbaban con sus desvaríos los planes bien meditados de sus aliados. El marques de la Romana pasó de Badajoz al cuartel general de Lord Wellington, y unió sus ruegos á los de los moradores y autoridades de Ciudad Rodrigo, á los del gobierno español y aun á los de algunos ingleses. Nada bastó. Wellington resuelto á no moverse, permaneció en su porfía. Los franceses aprovechándose de la coyuntura, procuraron sembrar cizaña, y el Monitor

Clamores contra los ingleses por no haber socorrido la plaza.

decia: „Los clamores de los habitantes de Ciudad Rodrigo se oían en el campo de los ingleses, seis leguas distante, pero estos se mantuvieron sordos.” Si nosotros imitásemos el ejemplo de ciertos historiadores británicos, abríásemos ahora ancho campo para corresponder debidamente á las injustas recriminaciones que con largueza y pasión derraman sobre las operaciones militares de los españoles. Pero mas imparciales que ellos, y no tomando otra guia sino la de la verdad, asentáremos al contrario, prescindiendo de la vulgar opinion, que Lord Wellington procedió entónces como prudente capitán, si para que se levantase el sitio era necesario aventurar una batalla. Sus fuerzas no eran superiores á las de los franceses, carecian sus soldados de la movilidad y presteza convenientes para maniobrar al raso y fuera de posiciones, no teniendo tampoco todavía los portugueses aquella disciplina y costumbre de pelear que da confianza en el propio valer. Ganar una batalla, pudiera haber salvado á Ciudad Rodrigo, pero no decidia del éxito de la guerra: perderla, destruía del todo el ejército inglés, facilitaba á los enemigos el avanzar á Lisboa, y dábase á la causa española un terrible ya que no un mortal golpe. Con todo, la voz pública atronó con sus quejas los oídos del gobierno, calificando por lo ménos de tibia indiferencia la conducta de los ingleses. Don Martin de la Carrera, participando del común enfado, se separó al rendirse Ciudad Rodrigo del ejército aliado, y se unió al marques de la Romana.

Envió en seguida el mariscal Massena algunas fuerzas que arrojasen allende las montañas al general Mahy que habia avanzado y estrechaba á Astorga. Retiróse el español, y el general U. Croix atacó en Alcañices á Echevarría, que de intendente se habia convertido en partidario y tenido ya anteriormente reencuentros con los franceses. Defendióse dicho Echevarría en el pueblo con tenacidad y de casa en casa. Arrojado en fin, perdió en su retirada bastante gente que le acuchilló la caballería enemiga.

Por entónces quisieron tambien los franceses apoderarse de la Puebla de Sanabria, que ocupaba con alguna tropa Don Francisco Taboada y Gil. Aquella villa solo rodeada de muros de corto espesor y guarecida de un castillo poco fuerte, ya vimos como la entraron sin tropiezo los franceses al retirarse de Galicia, habiéndola despues evacuado. Su conquista no les fué ahora mas difícil. Taboada la desamparó de acuerdo con el general Silveria que mandaba en Braganza. Enseñoreóse por tanto de ella el general Serras, y creyendo ya segura su posesion, se retiró con la mayor parte de su gente, y solo dejó dentro una corta guarnicion.

Enterados de su ausencia los generales portugueses y español, revolvieron sobre la Puebla de Sanabria el 3 de agosto, y despues de algunas refriegas y acometidas, la recuperaron en la noche del 9 al 10. Cayó prisionera la guarnicion compuesta de suizos, á los que se les prometió embarcarlos en la Co-

Excursion de los franceses hacia Astorga y Alcañices.

Toman la Puebla de Sanabria.

La pierden.

ruña bajo condicion de que no volverian á tomar las armas contra los aliados.

La ocupan de nuevo.

En breve tornó y de priesa en auxilio de la plaza el general Serras con 6000 hombres. A su llegada estaba ya rendida, pero Taboada y Silveira juzgaron prudente abandonarla, no teniendo bastantes fuerzas para resistir á las superiores de los enemigos. Lleváronse los prisioneros, y Serras de nuevo se posesionó de la villa y su castillo, cuya anterior toma con la pérdida de los suizos, le costaba mas de lo que militarmente valia.

Campana de Portugal.

Comenzó entre tanto el mariscal Massena la invasion de Portugal. Pasarémos á hablar aunque con rapidez, de acontecimiento de tanta importancia, refiriendo ántes los preparativos y medios de defensa que allí habia, como tambien la situacion de aquel reino.

Estado de este reino y de su gobierno.

Despues de la evacuacion que en el año pasado de 1809 efectuó el mariscal Soult de las provincias septentrionales de Portugal, puede aseverarse que ni esta nacion ni su ejército habian tomado parte activa ó directa en la lucha peninsular. Achacaron algunos la culpa á la flojedad del gobierno de Lisboa, y muchos al influjo que ejercia la Inglaterra, cuyo gabinete acabó por ser árbitro de la suerte de aquel pais, no conviniendo á la política británica, segun se creia, el que se estableciese íntima union entre Portugal y España. Hubo de los gobernadores del reino (nombre que se daba á los individuos de la regencia portuguesa) quien se disgustó de tal

predominio, y así se verificaron por este tiempo mudanzas en las personas que componian aquella corporacion. El marques de las Minas se retiró, y se agregaron á los que quedaban otros gobernadores, de los que fué el mas notable y principal Sousa, hermano de los embajadores portugueses residentes en el Brasil y en Lóndres. Poco despues en septiembre entró tambien en la regencia Sir Carlos Stuart, á la sazón embajador de Inglaterra en Lisboa. Del ejército, ademas del mando inmediato dado á Beresford, disponia en gefe como mariscal general de Portugal Lord Wellington, independiente del gobierno y absoluto en todo lo relativo á la fuerza combinada anglo-portuguesa de cualquiera clase que fuese. Igualmente se confirió la direccion suprema de la marina al almirante ingles Berkeley. En fin, el gabinete del Brasil, ó por mejor decir, las circunstancias, arreglaron de modo la administracion pública de Portugal, que conforme á la expresion de un historiador ingles, en esta parte nada sospechoso, aquel reino ¹ „fué reducido á la condicion de un estado feudatario.”

(1 Ap. n. 1.)

Por lo mismo, no con mayor resignacion que el marques de las Minas, se sometian á algunos de los otros gobernadores del reino, aun de los nuevos, á la intervencion extraña. Las reyertas eran frecuentes y vivas, echando los ingleses en cara al gobierno de Lisboa, que en vez de remover obstáculos los aumentaba, entorpeciendo la ejecucion de medidas las mas cumplideras. Pero tales quejas partian á

veces de apasionada irreflexion, pues si bien ciertas resoluciones de los comandantes británicos solían ser eficaces para el éxito final de la buena causa, producian por el momento incalculables males, poco sentidos por extrangeros que solo miraban los campos lusitanos como teatro de guerra, y desoían los clamores de un pais que no era su patria.

Lord Wellington para hacer frente á tantas dificultades, y no abrumado con la grave carga que pesaba sobre sus hombros, desplegó asombrosa firmeza y se mostró invariable en sus determinaciones. Ministróle gran sostenimiento la suprema autoridad de que estaba proveido, y los socorros y dinero que la Inglaterra profusamente derramaba en Portugal.

Plan de Lord Wellington.

De antemano habia Lord Wellington meditado un plan de defensa y elevádole al conocimiento del gobierno británico, despues de examinar detenidamente los medios económicos y militares que para ello deberian emplearse. Extendió su dictámen en un oficio dirigido á Lord Liverpool, obra maestra de prevision y maduro juicio. El gabinete ingles descorazonado con la paz de Austria y el desastroso remate de la expedicion de Walcheren, habia vacilado en si continuaria ó no protegiendo con esfuerzo la causa peninsular. Pero arrastrado de las razones de Wellington, apoyadas con elocuencia y saber por su hermano el marques de Wellesley, miembro ahora de dicho gabinete, accedió al fin á las propuestas del general británico. Segun ellas

debiendo aumentarse el ejército anglo-portugues, tenian que ser mayores los gastos y que concederse nuevos subsidios al gobierno de Lisboa.

Aprobado pues en Lóndres el plan de Wellington, en breve contó este con una fuerza armada bastante numerosa. Habia en la Península, no incluyendo los de Gibraltar, cerca de 40,000 ingleses; y dejando aparte los enfermos y los cuerpos que contribuian á guarnecer á Cádiz, quedábanle por lo ménos al general británico de 26 á 27,000 hombres de su nacion. Dividiase la gente portuguesa en reglada, de milicias y en ordenanzas; las últimas mal pertrechadas y compuestas de paisanage. Los estados que de toda la fuerza se formaron, tuviéronse por muy exagerados; y segun un cómputo prudente, no pasaba la milicia arriba de 26,000 hombres, y el ejército de 30,000. No es fácil enumerar con puntualidad la fuerza real de las ordenanzas. Por manera, que casi al comenzarse la campaña, hallábanse ya bajo el mando de Lord Wellington unos 80,000 hombres bien mantenidos, armados y dispuestos, con los que apoyados por las ordenanzas ó sea la poblacion, debia defenderse el reino de Portugal.

El subsidio con que á este acudia la gran Bretaña, llegó á ascender por año á cerca de 1.000,000 de libras esterlinas. Rayaba el costo del ejército puramente británico, en la suma de 1.800,000 libras de la misma moneda, 500,000 mas de las que hubiera consumido en su propio pais. Encareciósese

Fuerza que mandaba.

Subsidios que da Inglaterra.

sobre manera el enganche de soldados, no permitiendo las leyes inglesas en el reemplazo de las tropas de tierra conscripciones forzadas. Se pagaban once guineas de premio por cada hombre que pasase de la milicia á la línea, y diez por los que se alistasen en la primera.

Posición de Wellington. Devastación del país.

Lord Wellington colocado ya en el valle del Mondego, ó ya avanzando hácia la frontera de España, estaba como en el centro de la defensa, formando las alas la milicia y ordenanzas portuguesas. Todo el territorio hasta cerca de Coimbra por donde se pensaba habia de invadir Massena, fué destruido. Arruináronse los molinos, rompiéronse los puentes, quitáronse las barcas, devastáronse los campos y obligando á los habitantes á que levantasen sus casas y llevasen sus haberes, se ordenó que la población entera del modo que pudiese hostigase al enemigo por los costados y espalda, y le cortase los víveres, miéntras que el ejército aliado por su frente le traia á estancias en que fuese probable batallar con ventaja.

Líneas de Torres-Vedras.

De aquellas se contaban á retaguardia de los anglo-portugueses varias que eran muy favorables, sobrepujando á todas las que se conocieron despues con el nombre de líneas de Torres-Vedras. Fortaleciéronse estas cuidadosamente, proviniendo la primera idea de mantenerlas y asegurarlas de planes que de todos sus puestos mandó levantar en 1799 el general Sir Carlos Stuart (padre del Stuart por este tiempo embajador de Lisboa), trabajo que ya

entónces se hizo con el objeto de cubrir la capital de Portugal de una invasion francesa. Wellington desde muy temprano concibió el designio de realizar pensamiento tan provechoso.

Dos fueron las principales líneas que se fortificaron. Partia la primera de Alhandra orillas del Tajo, y corria por espacio de siete leguas, siguiendo la conformacion sinuosa de las montañas hasta el mar y embocadero del Sizandro, no léjos de Torres-Vedras. La segunda, que era la mas fuerte y que distaba de la primera de dos á tres leguas, segun la irregularidad del terreno, arrancaba en Quintela, y dilatándose cosa de seis leguas, remataba en el parage en donde desagua el rio llamado San Lorenzo. Habia ademas pasado Lisboa al desembarco del Tajo otra tercera línea, en cuyo recinto quedaba encerrado el castillo de San Julian, no teniendo la última mas objeto que el de favorecer, en caso de necesidad, el embarco de los ingleses. Contábanse en tan formidables líneas 150 fuertes y unos 600 cañones. Se habian construido las obras bajo la direccion del teniente coronel de ingenieros Fletcher, á quien auxilió el capitán Chapman.

Puso Lord Wellington particular ahinco en que se fortificasen estas líneas cumplida y prontamente, pues como decia al digno oficial Don Miguel de Alava, comisionado por el gobierno español cerca de su persona: „No ha podido cabernos mayor fortuna que el haber asegurado el punto de la isla gaditana y este de Torres-Vedras, inexpugnables am-

Dicho de Wellington á Alava.

„bos, y en los que estrellándose los esfuerzos del enemigo, darémos lugar á otros acontecimientos, „y nos prepararemos con nuevos bríos á ulteriores „y mas brillantes empresas.”

Preparativos
y fuerza de
los franceses.

Los franceses por su parte habian preparado grandes fuerzas, para que no se les malograra la expedicion de Portugal. El mariscal Massena no solo tenia á su disposicion los tres cuerpos indicados y la caballería de Mont-Brun, sino que comprendiéndose igualmente en su mando las provincias de Castilla la Vieja y las Vascongadas, el reino de Leon y Asturias, de su arbitrio pendia sacar de allí las fuerzas que hubiese disponibles. Ademas se alojaba entre Zamora y Benavente á las órdenes del general Serras una columna movil de 8000 hombres que amenazaba á Tras-los-Montes, y en agosto entró en España un 9.º cuerpo de ejército de 20,000 hombres, formado en Bayona y regido por el general Drouet: á mayor abundamiento en la misma ciudad se juntaba otro al cargo del general Caffarelli. No eran inútiles semejantes precauciones si querian los enemigos conservar firme su base, y evitar el que se interrumpiesen las comunicaciones por las partidas españolas.

Así fué que el mariscal Massena, próximo á entrar en Portugal, dió en Ciudad Rodrigo una proclama á los habitantes de aquél reino, expresando que se hallaba á la cabeza de 110,000 hombres. Asercion no jactanciosa si se cuentan todos los cuerpos y divisiones que estaban bajo su obediencia,

cia, y que se extendian por España desde la frontera lusitana hasta la de Francia.

Hubo ya escaramuzas en los primeros dias de julio entre ingleses y franceses. Aquellos volaron y acabaron de arruinar el 21 del mismo mes el fuerte de la Concepcion, en la raya perteneciente á España, y bien fortificado ántes de 1808; pero que al principiarse en dicho año la insurreccion se vió abandonado por los españoles, y destruido en parte por los franceses.

Escaramuzas.
Fuerte de la
Concepcion.

Crawfurd, general de la vanguardia inglesa, se colocó entónces á la márgen derecha del Coa, y sin tener la aprobacion de Lord Wellington decidióse el 24 á trabar pelea con los franceses, llevado quizá del deseo de cubrir á Almeida, bajo cuyos cañones apoyaba su izquierda. Consistia la fuerza de Crawfurd en 4000 infantes y 1100 caballos, situados en una línea que se extendia por espacio de media legua, formacion algo semejante á las desadvertidas del general Cuesta. Vino sobre los ingleses el mariscal Ney acompañado de su cuerpo de ejército, y por consiguiente muy superior á aquellos en número. Y si bien los batallones de la vanguardia aliada y los individuos combatieron por separado valerosamente, maniobróse mal en la totalidad, y los movimientos no fueron mas atinados que lo habia sido la colocacion de las tropas. Los franceses rompieron las filas inglesas, obligando á sus soldados á pasar el Coa. Sirvió á estos para no ser del todo deshechos y atropellados por los ginetes enemigos lo des-

Combate de
Coa.